

RECENSIONES

P. DR. CORNELIO FABRO

Appunti di un itinerario.

PLÁCIDO MARÍA GIL IMIRIZALDU

Un adolescente en la retaguardia. Memorias de la Guerra Civil (1936-1939).

MARTÍN IBARRA BENLLOCH

La persecución religiosa en la diócesis de Barbastro-Monzón (1931-1941).

GEORGE WEIGEL

La fine e l'inizio. Giovanni Paolo II: la vittoria della libertà, gli ultimi anni, l'eredità.

P. DR. CORNELIO FABRO

***Appunti di un itinerario. Versio-
ne magistrale delle tre stessure con
parti inedite, preparato por
R. Goglia y E. Fontana***

EDIVI, Segni 2011, 240 pp.

C. Fabro escribió tres síntesis de su itinerario intelectual. En 1980, ya cercano a su despedida de la enseñanza universitaria debido a la edad (estaba por cumplir los 70 años), el prof. A. Pieritti, director del Instituto de Filosofía de la Universidad de Perugia, le pidió que hiciese una presentación de su vida de pensador. En un primer momento, C. Fabro pidió la ayuda de algunos estudiosos y amigos, para que, con preguntas, o pedido de aclaraciones, o de mayor explicación de algunos temas por él tratados, pudiese iniciar la redacción de dicha presentación, pero todo quedó en palabras (cfr. Appunti, 5). Entre abril y junio de 1980 escribió tres textos presentando su pensamiento; la primera redacción es más personal (Ad me ipsum, cfr. Appunti, 27-103); la segunda incompleta (cfr. Appunti, 105-124) y la tercera más teórica, la más completa, que fue después publicada (cfr. Appunti, 125-224). El libro contiene las tres redacciones, dos de las cuales inéditas, precedidas de una presentación de R. Goglia (cfr. Appunti, 5-23), seguidas de un agradecimiento (cfr. Appunti, 191-202, respuesta a las preguntas, objeciones, etc. que le hicieron a su presentación, publicado en 1982); de un prólogo fenomenológico (cfr. Appunti, 203-224) y de un breve

texto de Auto-presentación de C. Fabro del año 1987 (cfr. Appunti, 228-229).

En su primera presentación el A. afirma: «Tres, me parece, son las orientaciones fundamentales de mi búsqueda, las tres orientadas al «problema del fundamento»: 3 etapas de un idéntico camino más que 3 tiempos u objetivos diferenciados y pre-establecidos» (Appunti, 28). Las tres etapas se centran en estos tres temas: I) la noción de participación; II) la inmanencia moderna y el ateísmo; III) Kierkegaard y la libertad.

La segunda redacción quedó sin terminar, e inicia de esta manera: «Parecen ser tres los movimientos principales de este camino, iniciados casi contemporáneamente: la metafísica de la participación como dialéctica del ser, la concreción del conocimiento como participación al objeto creado y la emergencia de la libertad como participación al acto creativo, que podrían ser incluidos (con una terminología un poco heterodoxa, aunque para mí indispensable) como la búsqueda del sentido de ser, como determinación de las esencias y en fin como emergencia del Yo» (Appunti, 108).

Como ya se observó la tercera redacción es la más completa: «Tres me parecen las direcciones fundamentales de una búsqueda, ciertamente modesta y destinada quizás a ser pronto olvidada, a la cual he buscado permanecer fiel en el arco de casi medio siglo: 1º la profundización de la noción metafísica de participación; 2º la determinación de la esencia metafísica del principio moder-

no de inmanencia como “ateísmo radical” y 3º la recuperación del realismo clásico-cristiano en el existencialismo metafísico de Kierkegaard contra el antropologismo ateo de la inmanencia moderna» (Appunti, 127).

Destacamos algunos textos de estos tres movimientos-direcciones-orientaciones principales del único itinerario señalados por C. Fabro:

1. Sobre la noción de participación. «La primera presentación especulativa de la noción de participación se remonta al artículo La defensa crítica del principio de causa...» (Appunti, 131 nota 5), disertación premiada en el concurso internacional de la Academia S. Tomás de Roma en 1934. El camino seguido en la profundización de la noción de participación tiene dos etapas «la primera insiste en la ruptura con el racionalismo de la Escolástica y del tomismo corriente, mostrando la originalidad especulativa del tomismo en su génesis teórica» (se refiere a La noción metafísica de participación, 1ª ed. 1939, 3ª ed. 1963); «la segunda madurada en veinte años de nuevas investigaciones y reflexiones enfrentaba el fundamento del nuevo horizonte tomista de la participación, con las instancias de fondo del pensamiento moderno y contemporáneo» (Appunti, 130, se refiere a Participación y causalidad, de 1960). Para presentar el primer libro, reporta las palabras de F. Van Steenberghe (cfr. Sieger de Brabant d'après ses oeuvres inédites, Lovain 1942, t. II, p. 481 s.) experto en historiografía de la filosofía medieval: «En un libro recién-

te (La noción...) Fabro se ha esforzado por establecer por cuales vías el Doctor Angélico llegó a superar el antagonismo aparente de la metafísica platónica y la metafísica aristotélica: la noción de participación, de origen platónico, se integra en el sistema tomista en armonía perfecta con los esquemas aristotélicos y ofrece la explicación última del dinamismo interno propio de este sistema. El autor aporta así una respuesta parcialmente nueva al problema de la “esencia” del tomismo: el rol que el P. Manser atribuía a la doctrina del acto y de la potencia (La esencia del tomismo) y que H. Meyer atribuye a la idea de orden, Fabro lo reserva a la noción de participación. De un golpe quedan reducidos al silencio los adversarios más terribles del tomismo, aquellos que no ven en esta filosofía más que un sincretismo artificial de platonismo y de aristotelismo, precisamente porque S. Tomás habría yuxtapuesto la participación platónica al naturalismo empirista de Aristóteles... En vez, para Fabro S. Tomás unifica en una síntesis superior el platonismo y el aristotelismo mediante una transposición original de la doctrina de la participación. Llevada al plano de la causalidad metafísica, la participación platónica se traduce, en el Doctor Común, en la composición real de *esse* y *essentia* en el ser finito, y con la dependencia total del ser finito bajo el influjo creador del Ser infinito: la composición de *esse* y *essentia* provoca a su vez una ampliación de las nociones aristotélicas de acto y potencia, llamadas a desarrollar un rol nuevo en la estructura ontológica del compues-

to finito. A fin de cuentas, el tomismo aparece como un rejuvenecimiento y profundización original del pensamiento griego. Respecto a sus fuentes principales, Fabro piensa que se trate de un platonismo especificado por el aristotelismo, más que de un aristotelismo especificado por el platonismo... esta visión de la metafísica de S. Tomás parecen exactas». F. Van Steenberghen también subraya que con esta nueva perspectiva se modifica profundamente la noción de Dios (como *Esse subsistens*), del hombre y tiene también «repercusiones incalculables en todos los ámbitos de la psicología, de la moral y de la misma teología. El aristotelismo cristiano de S. Tomás es entonces un aristotelismo singularmente alargado y transfigurado al punto de convertirse en una filosofía original y trascendente en relación a sus fuentes históricas» (Appunti, 132-133). Solo agregamos que esta nueva perspectiva que modifica la noción de Dios y del hombre, y que toca varios ámbitos, llevará a C. Fabro a re-formular las famosas 24 tesis tomistas en otras nuevas (publicadas en *Introducción a S. Tomás. La metafísica tomista y el pensamiento moderno*).

2. Cuando presenta la crítica al principio de inmanencia moderno (cogito) como «ateísmo radical» menciona varias veces a K. Rahner, como tentativo de componendas entre la escolástica suareziiana y la inmanencia moderna. «Pero el *esse del ens*, en el sentido que aquí se le otorga de *actus essendi* es decir el acto primero fundante... que es participado en el ser finito y que es

por esencia, es decir puro y Subsistente en el ser Absoluto que las religiones llaman Dios ¿cómo se lo conoce y qué cosa es? Parece ineludible la exigencia de una respuesta a estas dos preguntas. Respondemos en seguida que, en la posición tomista auténtica, si lo que vamos considerar con todo rigor, y es el argumento que aquí nos interesa, estos dos problemas no existen, por la razón fundamental que S. Tomás propone comenzar con el *ens* y no con el *esse*, como en vez hacen los escolásticos, seguidos por los modernos con el agregado de Rahner y de los rahnerianos. La realidad es que el itinerario que S. Tomás sigue en la fundamentación de la metafísica no tiene su inicio con el verbo en infinitivo *Sein, être, einai, esse, ser...* indeterminado (precisamente porque es infinitivo [infinito]) sino con el participio *ens = id quod habet esse...* el cual exige una doble concreción, más aún triple: 1) la concreción del acto primero en cuanto el *ens* es el participio de *esse e indica el ser en acto en modo absoluto...* 2) la concreción fundante de cualquier otro acto... porque *viviente, pensante, amante...* es el sujeto que vive, siente, piensa, ama, es decir que está en acto de vivir, pensar... 3) la concreción de la prioridad que realiza, que es atribuida al *esse del ens...* pues para obrar cualquier cosa... es necesario ser» (Appunti, 65-66). Otro texto interesante: «Tales “componendas” surgieron numerosas en el siglo XIX con los intentos de conciliación de la fe cristiana con la inmanencia moderna (Hermes, Günter, Froschhammer...) en polémica con S.

Tomás, ahora se han re-encendido, con no menor vigor especulativo pero con la pretensión de interpretar S. Tomás como el autor de la inmanencia moderna, especialmente entre los escolásticos de formación suareziana (Marechal, Rahner, Lotz...). Los expertos desconfían de invocar [como hacen estos autores] a los clásicos del pensamiento moderno, al tratarse de una aproximación inconsciente, el texto tomista, en su contexto crítico-especulativo desaconseja este tipo de síntesis híbrida (cfr. C. Fabro, *El viraje antropológico de K. Rahner...*). Es sintomático que las falsificaciones aquí denunciadas, entre otras la manipulación literaria de los textos tomistas decisivos, hasta ahora no han tenido ningún desmentido. Sin embargo, pocos, en el campo especulativo, ven las consecuencias [de esto]» (Appunti, 137 nota 18).

Mostrando la relación: principio de inmanencia (cogito) con el ateísmo escribe: «Toda filosofía que fundamente el ser sobre la esencia y la concibe como significado abstracto de la esencia (a partir de la esencia) y la ve (considera) presente sobre todo en el juicio, o sea en la función de cópula entre Sujeto y Predicado, que es el acto estrictamente humano, lleva al ateísmo... Aristóteles ciertamente no era ateo y ni siquiera lo fue Hegel, pero la construcción de sus sistemas sobre la composición de lo real sobre el fundamento de la esencia, lleva (y de hecho ha llevado) al ateísmo, que se ha convertido junto con el cogito, la plataforma y la conclusión del pensamiento moderno, más aún –si se

quiere llegar hasta al fondo– del entero pensamiento occidental en cuanto se ha organizado en “sistema” de conceptos» (Appunti, 160-161). Más adelante precisa: «El ser y el no-ser no son otra cosa que modos de afirmación o negación, es decir funciones de la conciencia y el ser es el pensamiento mismo como auto-conciencia. Por eso con una fórmula menos vaga y más expresiva, se puede decir que la esencia del principio moderno de inmanencia, en cuanto es la afirmación de posición de “pertenencia” del pensamiento referida al ser en lo cual consiste al mismo tiempo el primer valor de la libertad y el paso decisivo del teísmo en su significado fundamental» (Appunti, 162-163). «Por eso, la crítica al pensamiento moderno –para quien la quiera hacer– ante todo no se refiere al problema de Dios, sino al problema del ser del ente, o sea el problema del inicio y del fundamento. Sólo quien comienza con el ens intensivo (plexo real de esencia como potencia y de esse como acto) y pone el acento en el acto de ser (esse) puede llegar al Absoluto de ser que es Dios. En vez, quien parte del fundamento de la conciencia (cogito, volo...) termina por dejarse absorber por la finitud intrínseca de su horizonte o bien perderse en la nada del ser» (Appunti, 176).

En 1987 en una Auto-presentación C. Fabro sintetizaba su tarea de pensador con estas palabras: «Al fin de mi vida, y de una vida densa como la mía, me es permitido o quizás es un deber, hacer un balance: lo haré de modo dialéctico con la alternativa de rupturas y

recuperaciones: 1º Ruptura con la tradición de la Escolástica formalista de los conceptos vacíos y abstractos, que concibe el ser del ente como hecho empírico de existencia y la identidad con la esencia, reduciendo el hyatus entre Dios y la creatura, el “hecho” contingente de la creación y de todas las creaturas a la condición de contingencia y por eso desprovistas del fundamento metafísico de la libertad-independencia absoluta participada en el obrar y de la inmortalidad (perennidad participada del ser). Recuperación de la libertad absoluta y de la inmortalidad personal gracias a la prioridad de participación del acto de ser del ente, término propio de la creación distinto de la esencia que es el contenido especificante del ente. 2º Ruptura con el pensamiento moderno con el rechazo del cogito en cuanto plano inclinado e imposible de detener hacia la nada del mundo envuelto y confuso primero en el todo (idealismo espinoziano) y después pulverizado en átomos existenciales en la “tempestad infernal que nunca se calma” (Dante, Inf. 5, 31) y del yo personal en esencial posición de lucha, de fenómenos impotentes de alcanzar el Absoluto y por tanto de dar un sentido al discurso. Recuperación de la realidad efectiva del mundo, en sus tres reinos cuyo conocimiento se dilata siempre más al infinito y con infinitos “recursos” se no se delira (Dante, Par. 10, 96): por tanto posibilidad de colaboración universal de paz entre los pueblos. 3º Ruptura con el determinismo, sea materialista sea idealista, que elimina el respiro de la responsabilidad a la vida del espíri-

tu, niega toda moralidad a la vida del estado y de los recursos siempre crecientes de la técnica y de la industria, abandonándolas al capricho y a las locuras de los poderosos. Recuperación de la vida íntima personal del hombre como Singular ante Dios, Principio de vida, y ante Cristo que le garantizan la superioridad sobre el mundo en las angustias del cuerpo en enfermedades, desastres ecológicos y finalmente la muerte, y le prometen la salvación y la vida eterna por la gracia de Cristo, Salvador, fuente y principio de libertad» (Appunti, 228-229).

Recomendación. Para una comprensión, sea de las obras de C. Fabro, sea de la motivación por la cual las escribié, sea para la profundización de su pensamiento, es altamente recomendable la lectura de estas tres redacciones de su itinerario intelectual.

P. Dr. Marcelo Latanzio, I.V.E.

PLÁCIDO MARÍA GIL IMIRIZALDU

Un adolescente en la retaguardia. Memorias de la Guerra Civil (1936-1939)

Encuentro, Madrid 2006,
213 pp.

Aunque hace ya algunos años que salió a la luz esta obra, creo muy oportuno hacerle una nueva presentación: el

autor (fallecido con 88 años en 2009) fue testigo privilegiado de una de las páginas más gloriosas del martirologio cristiano, la de sus compañeros «los 18 monjes mártires del Pueyo» que muy pronto, el 13 de octubre de 2013, serán beatificados. Este sencillo pero atrayente relato, nos cuenta brevemente el martirio de sus compañeros de comunidad¹ y sobre todo se detiene con más detalle en las peripecias pasadas para volver a la casa paterna durante los 3 años que duró la Guerra Civil.

Memorias de la Guerra Civil: Miguel (*Plácido* de monje) Gil Imirizaldu tenía 15 años recién cumplidos el 18 de julio de 1936. Estudiante benedictino en el Monasterio Nuestra Señora del Pueyo (Barbastro), sus memorias narran los 3 años que sobrevivió durante la guerra en la zona republicana de Aragón tras la muerte de todos los monjes del monasterio en el verano del 36. Su soledad, las peripecias de su subsistencia, la acogida de gente buena, su trabajo como camarero en el Casino de Caspe (Zaragoza), convertido en centro de operaciones anarquista y republicano, van sucediéndose hasta la vuelta a casa de sus padres en Lumbier (Navarra) en enero de 1939, cuando todos ya lo daban por muerto. Tras los tres años de la guerra en la retaguardia ingresó como monje benedictino en el monasterio de

Valvanera (La Rioja), donde recibió el nombre de Plácido.

Para destacar especialmente, en el bello relato de sus memorias, es como el autor hace notar la Providencia de Dios en la maduración de su **vocación monástica**. Lo encontró la Guerra con apenas 15 años, lejos de su familia carnal y con aspiraciones a la vida religiosa (era colegial benedictino, decíamos); Dios se las ingenió, no solo para conservar su incipiente vocación, sino incluso para madurarla y grabarla a fuego en su corazón adolescente, que se encontraba ahora fuera de su entorno religioso natural y expuesto a mil tentaciones y las más variadas dificultades. El mismo lo reconoce en el epílogo: «Agradezco al Señor todos los años vividos durante la guerra en ambientes tan distintos, pero siempre sintiendo muy dentro de mí mismo su presencia, y deseando poder dar ese paso que supone dejar la vida del mundo para dedicarme más a la búsqueda de Dios. Romper las amarras de toda clase para entrar en la milicia de Cristo. Ahora lo veo claro y lo entiendo así». Quienes convivieron con él hasta sus últimos días, testimonian que pudo ser fiel a su vocación, muriendo *plácidamente* en Dios, a los 88 años, monje benedictino en Leyre (Navarra), como buen soldado de Cristo.

Que con su lectura podamos apreciar la mano de Dios en nuestras vidas, incluso en medio de los acontecimientos más trágicos y dolorosos, que muchas veces no tienen respuesta humana, pero que ciertamente caen bajo Su Pro-

¹ Luego escribiré otro libro dedicado especialmente al martirio de su comunidad monástica: «Iban a la muerte como a una fiesta», Encuentro (2012)

videncia amorosa, y son para nuestro bien.

*P. Emmanuel Ansaldi, I.V.E.
Monasterio Nuestra Señora del Pueyo,
Barbastro, España.*

MARTÍN IBARRA BENLLOCH

***La persecución religiosa en
la diócesis de Barbastro-Monzón
(1931-1941)***

Fundación Teresa de Jesús, Zaragoza 2011, 2 tomos, 937 pp.

La diócesis aragonesa de Barbastro-Monzón fue, proporcionalmente hablando, la que mayor número de sacerdotes mártires tuvo durante todo el periodo de persecución religiosa en España en el siglo XX.

Don Santos Lalueza, en su libro *Martirio de la Iglesia de Barbastro*, de 1989, da este resumen que se refiere preferentemente a los años 1936-1938: «Estas jornadas costaron a la diócesis de Barbastro la muerte de su Obispo, de ciento catorce sacerdotes del clero secular, de cinco seminaristas, de cincuenta y un Misioneros del Corazón de María, de nueve padres escolapios y de dieciocho Monjes Benedictinos.

En el orden material: el Seminario convertido en un montón de escombros. Cuatro iglesias reducidas a solar en Barbastro, y otras cuatro en el resto

de la diócesis. Más de doscientas iglesias saqueadas, con sus objetos de culto totalmente destruidos y quemados. Ni una sola iglesia se salvó de la devastación en toda la diócesis» (p. 14).

Hay que tener en cuenta que parte de los que ahora es diócesis de Barbastro-Monzón era por entonces diócesis de Lérida (Monzón mismo pertenecía a esa diócesis de Catalunya), por lo cual los números deberían incrementarse. Hubo además muchos mártires laicos, la mayoría de ellos vinculados con la Acción Católica y con la Adoración nocturna de Barbastro.

Para el año 2007 se habían llevado a cabo de manera exitosa los procesos de beatificación del Seminario claretiano (1992), el de los escolapios de Peralta de la Sal (1995) y el del obispo Florentino Asensio y el del gitano Ceperino Giménez Malla «Pelé» (1997). Otros estaban todavía en fase intermedia, como los de los benedictinos de El Pueyo y el de los dos «curetas» de Monzón, todos los cuales, habiéndose concluido ya hoy sus procesos, serán beatificados el próximo 13 de octubre de 2013, en Tarragona.

En aquel 2007, tras desgajarse de la Causa archidiocesana de los mártires, que abarcaba las diócesis de Aragón (Zaragoza, Teruel-Albarracín, Huesca y Jaca), se formó en Barbastro una Comisión histórica, responsable de recopilar toda la documentación referida a los mártires de la diócesis, y que concluyó con mucho fruto sus trabajos en el año 2011. Aquella Comisión estaba

integrada por los presbíteros Enrique Calvera, Ángel Noguero y Eladio Gros, y por el historiador Martín Ibarra Benlloch, que fue nombrado presidente de la misma. De toda su investigación ha dado como resultado este grueso volumen, editado en dos tomos, de mucho rigor histórico y rebosante de testimonios, de documentos y de detalles martiriales, cuál más edificante, por lo heroico y lo cristiano.

En la introducción al libro presenta don Martín Ibarra el modo en que se fueron desarrollando los trabajos de la Comisión histórica por él presidida, formando un expediente de cada uno de los mártires con toda la documentación posible de hallar: «Al cruzar la información –había obtenido más de 10.000 páginas de documentación–, las cosas adquirirían una tonalidad diferente. Ya no eran tonos grises los que predominaban: se empezaba a ver más los colores. Algunas de las cosas que se habían escrito en la bibliografía comenzaban a quedar en entredicho. Incluso la documentación que había estado manejando debía revisarla críticamente. Había que preguntarse muchas cosas: ¿quién había escrito eso? ¿Quién había hecho ese informe? ¿Quién había realizado esa declaración? ¿Por qué? ¿Qué es lo que callaron? Comencé a evaluar los silencios, las medias verdades. También comencé a ver la literatura hagiográfica que había en algunas publicaciones o la intencionalidad de propaganda política en otras. Estaba claro que debía revisar todo para ofrecer un estudio histórico, riguroso y profundo» (p. 12).

Cuando, en medio de estos conatos de investigación cada vez más seria, le encargó el obispo de Barbastro la redacción del libro, el a. supo que debía resolver inmediatamente muchísimos problemas, que detalla en la misma introducción:

- en primer término, los límites cronológicos y geográficos del trabajo: los planteó desde 1931 a 1941, para abarcar causas y efectos inmediatos; y en los actuales términos de la diócesis de Barbastro, más grande que lo que era entonces;

- luego, las personas: «¿Nos limitaríamos a aquellos que íbamos a presentar a la causa de beatificación? [...] Decidimos estudiar y mencionar a todas las personas» (13);

- el enfoque, que es central, y que no es sino el de una historia de la persecución religiosa, abarcando otros aspectos pero como subordinados: política, actividad de la Iglesia, etc.;

- y ejecutado con rigor histórico: «Había que poner nombre a los sucesos, nombre y apellidos. Había que decir lo que se hizo bien, lo que se hizo regular, lo que se hizo mal y quién lo hizo. No tanto juzgar, ni falsear la historia, ni inventarla, ni escribir hagiografías. Esa no es la misión del historiador. Debía escribir una historia de la persecución religiosa, no de los perseguidores, pero mencionando a los perseguidores» (14).

El libro se articula en tres partes: la primera trata sobre la Segunda Repú-

blica, analiza año a año lo sucedido; la segunda, Revolución y martirio, es el núcleo del trabajo, y expone con gran detalle todo lo sucedido en los años de persecución, ordenado de manera geográfica y cronológica; la tercera trata sobre lo posterior a la persecución, sobre la semilla de cristianos que siembra la sangre martirial. Finaliza el estudio con un apéndice de listados e índices, que completa la investigación brindada.

Todo el trabajo lo conforma un caudal abundantísimo de información, acompañado de atinadas opiniones del a. cuando los datos las hacen convenientes. Opiniones que son propias de un cristiano, «con un espíritu de admiración y de gratitud hacia nuestros mártires; sin ningún resquemor ni odio hacia los perseguidores» (15).

P. Juan Manuel Rossi, I.V.E.

GEORGE WEIGEL

La fine e l'inizio. Giovanni Paolo II: la vittoria della libertà, gli ultimi anni, l'eredità

Ed. Cantagalli, Siena 2012,
621pp. Traducción de Giovanna
Ossola².

La fine e l'inizio es fruto del trabajo de investigación de más de 10 años del teólogo norteamericano George Weigel, autor también del bestseller internacional *Testigo de esperanza. La Vida de Juan Pablo II*.

El libro se divide en dos grandes partes a las cuales precede un rico prólogo que busca resumir la vida de Karol Wojtyła antes de su elección al solio pontificio y los hechos más relevantes de las dos primeras décadas de su pontificado (estudiados en profundidad en *Testigo de esperanza*).

La primera parte del libro comprende cuatro capítulos que abarcan el período de la vida del Papa desde 1945 hasta 1989, años en que se desarrolla su dramática lucha contra el comunismo y donde se consuman los esfuer-

² Nosotros hemos leído la edición italiana, y las traducciones al español de esta recensión son nuestras. Se encuentra, sin embargo, disponible también en español: GEORGE WEIGEL, *Juan Pablo II. El final y el principio*, Ed. Planeta, Barcelona 2011, 624 pp. Traducción de Emilio G. Muñiz, Emma Fondevila y Olaya Muñiz Fondevila.

zos del comunismo por obstaculizar el su trabajo y destruir su reputación. Las autoridades del comunismo polaco, sus jefes de Moscú y sus aliados en todo el bloque soviético consideraron a Wojtyla como una amenaza letal para la presencia comunista en el centro y este de Europa, como asimismo para la proyección del comunismo en todo el mundo y para su misma supervivencia. La historia se encargó de demostrar que estos juicios sobre el Primer Pontífice Eslavo de la historia eran verdaderos, aunque no siempre los espías rojos hayan acertado en la concepción de la estrategia del Papa y en la lectura de su pensamiento.

Gran cantidad de recursos humanos y económicos fueron utilizados en la lucha comunista contra Wojtyla y, después de su elección al Papado, contra la Iglesia católica, que él guío con mano firme. Sin embargo los esfuerzos del comunismo se demostraron inútiles pues las armas utilizadas por Wojtyla eran tales que su impacto no podía ser impedido por la táctica soviética. Así y todo el poder bolchevique intentó, y con enorme ímpetu, destruir su trabajo y autoridad, primero en Cracovia y después en Roma. Para muchos es claro que la trágica jornada del 13 de mayo de 1981 (día del atentado a Juan Pablo II en plaza San Pedro) debe inscribirse en el contexto de este combate. Como haya sido, lo que es indudable es que se llevó a cabo una campaña de corrupción, y de reclutamiento de informantes entre sus contactos en Polonia y Roma.

Podríamos a este punto preguntarnos, ¿cuáles son las fuentes en que el Autor fundamenta sus conclusiones? Si bien muchos documentos de la guerra llevado a cabo por los comunistas contra Karol Wojtyla (y contra el Papa Juan Pablo II) fueron destruidos con la caída del comunismo en 1989 y en los años que siguieron, un gran archivo quedó intacto y empezó a estar disponible para la investigación en los primeros 5 años posteriores a la muerte del Papa polaco. A la luz de estos documentos -muchos de los cuales son informes de agentes secretos infiltrados en la curia diocesana de Cracovia y en las más altas esferas del mismo Vaticano (el A. ofrece a este respecto los nombres de «guerra» de estos agentes y los cargos que desempeñaban en la Curia)- revelan el por qué de la guerra del comunismo al Papa. Esta documentación inédita de los archivos de la KGB -y de su brazo en Polonia (las SB) y en Alemania Occidental-muestran asimismo la línea de actuación de la diplomacia vaticana de esos años con el Cardenal Casaroli al frente -conocida como Ostpolitik- y en qué modo ésta fue aprovechada por los interlocutores comunistas, pues en palabras del Autor, los fautores de la Ostpolitik nunca llegaron a comprender que la forma mentis del comunismo era la mentira. También esta investigación pone de relieve las intuiciones de Juan Pablo II y su estrategia radicalmente diversa de la diplomacia vaticana, pues este conocía el comunismo desde adentro y había sufrido su rigor en carne propia. Por esto mismo a muchos dejó en su momento perple-

jos -a causa de esta diferencia de visión y método- que Juan Pablo II nombrase a Casaroli secretario de Estado. La tesis del A. a este respecto es que obviamente Juan Pablo II conocía los evidentes límites de la Ostpolitik, pero al llamarlo a su lado como secretario de Estado quiso agregar «otra cuerda a su arco», aunque sea modesta y marcada por fracasos. Ofrezco algunos párrafos sobre este interesante punto (que no hemos encontrado en otro lugar) sobre la doble estrategia de la lucha contra el comunismo:

El cardenal Agostino Casaroli una vez dijo en tono melancólico: «Quisiera ayudar a este Papa, pero es tan diferente a mí». Como portavoz de Juan Pablo II, Joaquín Navarro-Valls notó a continuación que la «diferencia» de la que hablaba era la que existe entre un hombre con cincuenta años como burócrata de la diplomacia de la Iglesia (aunque con excepcionales capacidades) y un hombre que había estado en primera línea. (...) La Ostpolitik y Casaroli crearon ocasiones diplomáticas realmente útiles durante las últimas décadas de la lucha de Juan Pablo II contra el comunismo; agregaron, por decir así, otra cuerda a su arco. Pero más allá de esto no es fácil ver los éxitos de la vieja Ostpolitik, si no como un acompañamiento, y ni siquiera tan importante, a la revolución moral de Juan Pablo II y a sus resultados en Europa centro-oriental. (...) Los greco-latinos orgullosamente leales se lamentaban de cómo los esfuerzos vaticanos por promover un «diálogo de amor» con los ortodoxos rusos fueran en la práctica un «diálogo

de amor» con la KGB, que era claramente imposible y sólo contraproducente. Como dijo uno de aquellos fervorosos ucranianos, un conocido historiador: «Imaginen ver a los cristianos hechos pedazos por las feroces bestias mientras san Pedro se entretiene en “un diálogo de amor” con Nerón». Esta era una imagen dramática, quizá exagerada, pero que le venía a la mente a muchos de aquellos que eran parte de la más grande Iglesia ilegal en el mundo, cuyos jefes murieron en su mayoría en los gulag. (...) Los esfuerzos sobrehumanos realizados por los servicios secretos soviéticos y del Pacto de Varsovia para infiltrarse en el Vaticano, para corromper y reclutar a funcionarios vaticanos, y de esa manera obstaculizar las iniciativas de la Iglesia, coincidió precisamente con el punto culminante de la Ostpolitik de Casaroli; sobre esto no puede existir ninguna duda. Mientras la Santa Sede era más condescendiente, se hacían más agresivos la KGB, la SB, la STASI, los servicios secretos húngaros, los búlgaros y todo su escuálido aparato. (...) La Ostpolitik de Agostino Casaroli y del Papa Pablo VI fue la versión vaticana de la distensión: una estrategia de compromiso y de diálogo con el comunismo que prometía mucho y obtenía poco, antes que nada porque el presunto partner para el diálogo no estaba interesado en dialogar.

La Ostpolitik no consiguió ni siquiera «salvar lo salvable» en Checoslovaquia y en Hungría; de hecho en estos dos casos casi sin quererlo agravó la situación, así como la distensión hizo bien poco para reforzar la parte de los

disidentes y de los activistas por los derechos humanos tras la cortina de hierro.

Hacia el final de esta primera parte el A. se pregunta si fue Juan Pablo II un hombre indispensable para la caída del comunismo: «¿Por qué el comunismo cayó en 1989 y no en 1999 o en el 2009 o en el 2019? ¿Y por qué cayó de ese modo, evitando en gran parte los asesinatos de masa, que eran el procedimiento normal en el siglo XX para obtener grandes cambios sociales?». Y allí mismo responde: «Ninguna explicación de la caída del comunismo que se dio en 1989 y además de modo pacífico (y no en 1999, 2009 o 2019) resultará completa o satisfactorio si no se toma en consideración la revolución de las conciencias que el Papa inició en junio de 1979. Los Nueve días de Juan Pablo II desencadenaron todo lo demás. Y, naturalmente, sin Juan Pablo II no existirían los Nueve días (...) (Juan Pablo II) llevó al solio pontificio una combinación única y extraordinaria de intuición, experiencia y coraje. Estas dotes hicieron de él el personaje clave en la derrota del comunismo europeo» (pp. 215.216).

La segunda parte del libro busca presentar los últimos 6 años de vida de Juan Pablo II e intenta realizar un valoración del Papa y de sus actos. Se divide en 7 capítulos, que para no alargarnos más de lo conveniente describiremos brevemente.

En el primer y segundo capítulo de esta segunda parte (el quinto y sexto respectivamente considerando la obra

entera) el A. analiza al detalle la preparación y realización del Gran Jubileo del 2000, señalando que fue un evento querido y organizado por el Papa Beato en primera persona, quién cómo hijo de Polonia (y siguiendo el camino marcado por el «Primado del Milenio» -Cardenal Stefan Wyszynski- y su novena de años, que dispusieron al pueblo polaco para la celebración del milenio del bautismo de Polonia) tenía presente el valor teológico del tiempo y de la historia como «historia de la salvación», y que por eso no dejó detalle librado al azar. Jubileo que el Papa consideraba cómo una oportunidad valiosísima para volver a despertar en los hijos de la Iglesia el fervor misionero y relanzarla a la Nueva Evangelización. Jubileo que el Papa consideraba el zenit de su pontificado como le había sido anticipado por Wyszynski y como él mismo reconocería en su testamento, esto es, que había sido elegido por Dios para introducir a la Iglesia en el tercer milenio (pp. 302-303). Jubileo que tuvo sus momentos fuertes en la peregrinación del Santo Padre a Tierra Santa; en la Jornada del Perdón del 12 de marzo; en la Conmemoración de los testigos de la fe del siglo XX, celebrada en el Coliseo romano el 7 de mayo, donde se recordó el sacrificio de tantos hermanos en la fe durante las cruentas persecuciones del siglo pasado proponiéndolos cómo ejemplos de un cristianismo vivido sin compromisos (interesante la observación del A. acerca del levantamiento de la «tácita prohibición» de beatificar y canonizar a los mártires de Cristo Rey en México de los años '20 y a aquellos

de la guerra civil española, impuesta por Pablo VI que, como buen diplomático, no quería exacerbar más los ánimos de esas naciones... «Juan Pablo II adoptó un actitud más evangélica ante tales cuestiones» cf. pp. 263-267); en la visita a Fátima, del 12 y 13 de mayo, dónde beatificó a los pastorcitos videntes Jacinta y Francisco y reveló el, así llamado, «tercer secreto»; en el Jubileo de los sacerdotes, celebrado el 18 de mayo, día del 80º cumpleaños del Papa, dónde invitó a los presbíteros a renovar su compromiso en la búsqueda de la santidad; y en el Jubileo de los jóvenes, donde más de 2 millones se reunieron en Roma del 15 al 20 de agosto para escuchar del Papa la invitación a dejarse conquistar por Jesucristo para así «inflamar el mundo» (p. 282).

El tercer capítulo (séptimo global) lo dedica a los años 2001 y 2002. Destacamos dos puntos problemáticos -a los cuales el A. dedica un amplio espacio- que tuvo que enfrentar el Papa: la posición política de la Iglesia a partir del «nuevo desorden mundial» generado con el atentado de las torres gemelas, y la «explosión» mediática de los casos de abusos por parte del clero, que golpearon fuertemente la imagen de la Iglesia de modo particular en los Estados Unidos.

El cuarto capítulo analiza lo actuado por el Santo Pontífice durante el bienio 2003-2004. Importante el punto en que se analiza la promulgación de la encíclica *Ecclesia de Eucharistia* -la decimocuarta del Papa- sobre la relación esencial que existe entre la Iglesia y la

Eucaristía: «la Iglesia vive de la Eucaristía que celebra». También es relevante el análisis que hace el A. sobre la tenaz oposición de Juan Pablo II a la intervención armada en Irak, punto en el cual disintimos del A. y de su mirada liberal sobre el conflicto que termina queriendo encuadrar en la definición de guerra justa. Sin dudas el tema más interesante de este capítulo es el que se refiere al empeoramiento de las condiciones de salud del Papa y los rumores de dimisión que circulaban en la prensa, donde el A. pone de relieve que la

determinación de Juan Pablo II de continuar su misión no obstante los impedimentos físicos siempre mayores (...) demostró de hecho aquello que había enseñado con firmeza durante toda la vida: no existen seres humanos «usa y tira». No era una cuestión de amor propio, de vanidad, de tozudez, su empeño de continuar el pontificado hasta su muerte. Era el modo de ser cristiano, y el Papa era, antes que nada, un cristiano (p. 416).

Verdad esta que supo expresar muy bien el cardenal francés Jean-Marie Lustiger:

El Papa en su debilidad está viviendo como nunca la misión que se le confió de ser Vicario de Cristo sobre la tierra, participando a los sufrimientos de nuestro Redentor. Muy seguido tenemos la idea que la cabeza de la Iglesia sea como un super manager de una gran sociedad internacional, un hombre de acción que toma decisiones y es juzgado en base a su eficacia. Pero para quién cree, la acción más

eficaz sucede cuando Cristo está sobre la cruz y no puede hacer ni decir otra cosa sino el aceptar la voluntad del Padre (p. 412).

El quinto capítulo recuerda los últimos meses de Juan Pablo II sobre la tierra, es decir desde enero a abril de 2005: su último libro, su agonía, su muerte (narrados de modo tal que vuelve a emocionar al lector que lo conoció y amó), su multitudinario funeral con el grito del pueblo que pedía Santo Subito! y Magnus! en medio de un mar de lágrimas.

El capítulo sexto toma pie de una frase del mismo Juan Pablo Magno respecto de los numerosos intentos de contar su vida: «buscan de comprenderme desde afuera, pero yo puedo ser comprendido solo desde el interior» (p. 450). Por eso el A. quiere ofrecernos un perfil de la vida interior del Pontífice, de la obra del Espíritu Santo en él, a través del prisma de las virtudes teológicas y cardinales.

Karol Wojtyla fue un hombre de la Pascua, que comprendió de lleno que la Pascua viene después del Viernes Santo, que la vida eterna se promete a quién hace de la propia vida un don para los demás aquí y ahora y que este don de sí radical, esta metanoia, es posible solo a través de la gracia de Dios en Cristo (pp. 477-478).

El capítulo sexto de la segunda parte (undécimo y último de la obra entera) nos ofrece un balance del pontificado del Papa Polaco: sus récords, la proyección de su papado en la historia

futura de la Iglesia y de la humanidad (especialmente gracias a su vastísimo Magisterio), sus éxitos en las diversas empresas apostólicas que inició y también, por qué no si estamos hablando de un hombre, sus fracasos, defectos y errores que puedo haber tenido. Nos parece apropiado el criterio con el cual el A. señala que debe ser juzgado un Papa y que a su modo de ver no es otro que el análisis de lo obrado por él según el triple oficio -munus- que asume al subir al Solio Pontificio, es decir, la misión de enseñar, la misión de santificar, la misión de gobernar. Triple oficio en el cual el Beato Juan Pablo Magno saca nota sobresaliente:

Karol Wojtyla, papa Juan Pablo II, se convirtió en el profeta de un nuevo y auténtico humanismo, y cambió el mundo porque era discípulo: un cristiano totalmente convertido, cuya inquebrantable fe en Cristo hizo nacer la esperanza de una nueva primavera del espíritu humano capaz de cambiar el mundo (p. 577).

Al benigno lector que ha tenido la paciencia de seguirnos hasta aquí no nos queda sino recomendarle vivamente la lectura de esta biografía -o mejor aún hagiografía, pues se trata de la vida de un beato ya próximo a la canonización- de Juan Pablo II, que seguramente lo ayudará -como lo hizo con nosotros- a valorar aún más la obra y vida de santidad de este «gigante» de la fe -como lo llamó el Papa Benedicto XVI-, a buscar que su legado no caiga en el vacío y a pedir con mayor fervor su intercesión

para los diversos desafíos que debe afrontar un cristiano en el siglo XXI:

«¡No temáis! ¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo!». Aquello que el Papa recién elegido pedía a todos, él mismo lo llevó a cabo en primera persona: abrió a Cristo la sociedad, la cultura, los sistemas políticos y económicos, invirtiendo con la fuerza de un gigante, fuerza que le venía de Dios, una tendencia que podía parecer irreversible. Con su testimonio de fe, de amor y de valor apostólico, acompañado de una gran humanidad, este hijo ejemplar de la Nación polaca ayudó a los cristianos de todo el mundo a no tener miedo de llamarse cristianos, de pertenecer a la Iglesia, de hablar del Evangelio. En una palabra: ayudó a no tener miedo de la verdad, porque la verdad es garantía de libertad. Más en síntesis todavía: nos devolvió la fuerza de creer en Cristo, porque Cristo es *Redemptor hominis*, Redentor del hombre (...) ¡Dichoso tú, amado Papa Juan Pablo, porque has creído! Te rogamos que continúes sosteniendo desde el Cielo la fe del Pueblo de Dios. Desde el Palacio nos has bendecido muchas veces en esta Plaza. Hoy te rogamos: Santo Padre: bendícenos. Amén.

P. Lic. José Ansaldi, I.V.E.